

Pedro Lemebel ante las lógicas de la exclusión

Susana Rosano
Universidad Nacional de Rosario

Resumen

La crónica puede ser pensada como un género híbrido, a caballo entre la literatura y el periodismo, capaz de dar cuenta de la irrupción de la ciudad moderna, de sus distintas representaciones y de los miedos y fantasmas que provoca, pero también de la fragmentación y marginalidades de las urbes posmodernas. Desde aquí, esta ponencia discute las crónicas radiales del chileno Pedro Lemebel (particularmente las de su libro *De perlas y cicatrices*) en tanto trabajo particular de la memoria ejercido frente al horror de la dictadura.

Como verdadero lugar de resistencia, estas crónicas se construyen más allá de la dialéctica establecida por Freud entre duelo y melancolía. En todo caso, y desde su perfil performativo, la escritura de Lemebel puede ser pensada desde una verdadera topología del margen que desestabiliza no sólo las identidades sexuales sino también los lugares de resistencia frente al poder. Judith Butler, pensando la dimensión psíquica del poder en la formación de los sujetos, se refiere al establecimiento de la matriz heterosexual a partir de prohibiciones que llevarían al sujeto a una identificación melancólica con el objeto homosexual que debió ser rechazado. En este sentido, la pregunta que intenta plantearse esta ponencia es hasta qué punto se pueden relacionar en la escritura de Lemebel la irrepresentabilidad del horror con la indefinición genérica.

Palabras clave: crónicas – duelo – melancolía – dictadura – género

Desde la *Utopía* de Tomás Moro, allá por el siglo XVI, en adelante, la relación entre forma geométrica y organización social fue una de las marcas identitarias de las ciudades modernas, dando imagen a un tipo de sociedad que en su búsqueda de perfección escondía muchas veces un orden coercitivo, basado en rígidas nociones de autoridad y jerarquía. Lo cierto es que el desencanto posmoderno mostró las costuras de ese orden que, como bien dijo Angel Rama, en América Latina surgió como una sobreimpresión de la razón sobre las realidades locales. Este “parto de la inteligencia” vino así de la mano de una violencia dominadora que ya desde los actos fundacionales imprimió una supremacía patriarcal y masculina a las ciudades latinoamericanas. En este sentido, las crónicas de Pedro Lemebel dismantelan el espacio de desecho que ocupaban los sujetos homosexuales en las narrativas nacionales y a partir del travestismo de su discurso (Mateo del Pino 2004) se regodean en la satisfacción de instintos que hasta ese momento habían sido catalogados como ilegítimos. En sintonía con las crónicas de Néstor Perlongher, en los dos primeros libros de Lemebel, *La esquina es mi corazón* y *Crónicas del sidario* la calle se transforma en un lugar de errancia sexual y de esta manera la ciudad anal (Guerra Cunningham 2000: 116) deconstruye las lógicas de la exclusión y pone al descubierto un territorio otro, el de la pobreza de los suburbios, donde la *pobla* muestra su rostro mapuche y desbarata los sueños triunfales de la algarabía neoliberal.

Me interesa en esta ponencia detenerme en el tercer libro de crónicas de Lemebel, *De perlas y cicatrices*, de 1996, donde más allá de las continuidades evidentes con los planteos de sus dos libros anteriores, se marca una inflexión. En sintonía con un texto que va a ser publicado en 2004, *El callejón de la Aguada*, la mirada de Lemebel parece descentrarse aquí del orden de lo estrictamente homosexual para profundizar en otra de sus grandes obsesiones: la crítica sin tapujos de la dictadura y de la transición democrática en Chile y la necesidad de poder realizar un trabajo de duelo ante tanta pérdida. En el que ha sido leído como uno de sus libros más referenciales, Lemebel realiza un verdadero acto de memoria, repasando con deleite

detalles casi olvidados por la fiesta oficial de la transición democrática. La atención vigilante de las crónicas logra captar aquí otra transición, mucho más sutil, donde homosexuales, travestis y lesbianas pasan de desafiar los modelos fijos de la sexualidad y del género, y de actuar de una manera semiclandestina, a formar parte del espectáculo democrático, cuya forma de vida (como atinadamente señala Jean Franco) es capturada y administrada por la propia sociedad. Como si el ojo vigilante de la dictadura se desplazara a la sociedad civil en la transición democrática.

Se podría decir que *De perlas y cicatrices* extiende las escenas de luto de *Loco afán* más allá del mundo de las locas, en un intento por conmover la inmutabilidad del olvido que parece teñir la vida de la posdictadura chilena. Cuerpos en ruina son no sólo los de los enfermos del sida sino también los de aquellos maricones desnutridos por la pobreza, desechos que parecen remitir a otros desechos, el de los cuerpos torturados y desaparecidos por los militares, en una lógica de la exclusión que se extiende a todo el cuerpo social. Ya desde sus primeras apariciones públicas en la década del 80, y en las actuaciones de las Yeguas del Apocalipsis —el grupo performático que integraba con Francisco Casas, durante y poco después de la dictadura—, Lemebel afirma la centralidad de la homosexualidad en la lucha contra las pestilencias de la “cueca democrática”, desde su condición de “pobre y maricón”, insistiendo en que no es posible separar la búsqueda por la igualdad sexual de las condiciones represoras de un estado militar.

Es a partir de esta convicción, creo, que adquiere sentido el itinerario que Lemebel traza en estas ácidas crónicas radiales pensadas cuando ya se han cumplido treinta años del golpe contra Allende. Y en este sentido, ya en el prólogo, Lemebel plantea que el libro proviene de un “proceso, juicio político y gargajeado Nuremberg a personajes compinches del horror” (6). Con un tono que conserva los registros orales, con un fondo más musical que histórico, cada una de estas crónicas ofrece un ritmo propio que sintoniza con la respiración de lo que se va contando, al compás de boleros, vales peruanos y vieneses, *rock and roll*, *twist*, mambos, cumbias, cuecas, marchas militares, que reponen a la vista del lector toda una galería de personajes del mundo de la canción, del espectáculo y de la televisión, en sus múltiples derivas y complicidades en relación a la dictadura. Personajes, paisajes y canciones que reponen melancólicamente y muchas veces con nostalgia un mundo en su gran mayoría desaparecido.

Como verdadero lugar de resistencia, estas crónicas parecen construirse en relación a la dialéctica establecida por Freud entre duelo y melancolía. En la melancolía, a diferencia del duelo, el *quantum* libidinal resignado por la pérdida del objeto de amor no se destina a las ligazones de nuevos objetos. En ella, la *libido* sustraída del objeto perdido vuelve al Yo por el mecanismo de la identificación regresiva. El Yo no cede el objeto, no quiere resignarlo, aunque éste se sabe definitivamente perdido y es mediante la identificación narcisista del Yo con el objeto perdido, que este lo sustituye. Lemebel lo dice claramente en su crónica “El informe Rettig” (o “recado de amor al oído insobornable de la memoria”):

Y aún así, a pesar del viento frío que entra sin permiso por la puerta de par en par abierta, nos gusta dormirnos acunados por la tibieza terciopelo de su recuerdo. Nos gusta saber que cada noche los exhumaremos de ese pantano sin dirección, ni número, ni sur, ni nombre. No podría ser de otra manera, no podríamos vivir sin tocar en cada sueño la seda escarchada de sus cejas. No podríamos nunca mirar de frente si dejamos evaporar el perfume sangrado de su aliento.

Por eso aprendimos a sobrevivir bailando la triste cueca de Chile con nuestros muertos (103)

Sin embargo, y desde su perfil performativo, la escritura de Lemebel puede ser pensada más allá de esta apropiación melancólica de los cuerpos desaparecidos por la dictadura

chilena, en lo que puede plantearse como una verdadera topología del margen que desestabiliza no sólo las identidades sexuales sino también los lugares de resistencia frente al poder. Judith Butler, pensando la dimensión psíquica del poder en la formación de los sujetos, se refiere al establecimiento de la matriz heterosexual a partir de prohibiciones que llevarían al sujeto a una identificación melancólica con el objeto homosexual que debió ser rechazado. En este sentido, la pregunta que nos podemos formular ante estas crónicas es hasta qué punto se pueden relacionar la irrepresentabilidad del horror con la indefinición genérica.

Butler sostiene que en la cultura occidental existe una matriz heterosexual que penetra en la construcción del género, a partir de la cual se determinan las posiciones de lo masculino y lo femenino. De esta manera, en su lectura la identidad heterosexual se consigue por medio de una incorporación melancólica del objeto que se rechaza. Se me ocurre que estos planteos pueden ser no sólo corroborados sino también profundizados a partir de la lectura de *De perlas y cicatrices*. Siguiendo esta argumentación, podríamos decir que de la lectura de estas crónicas el lector sale con una sola y única certeza, a partir de la alegorización del cuerpo todo de la nación. Si para Butler es posible leer en la melancolía el funcionamiento del género, ya que en esta el mundo aparece como contingentemente organizado mediante ciertos tipos de exclusión, el Chile de la posdictadura, ese “Chile anestesiado por el cancionero fácil” (55), sólo puede sanarse a partir del reconocimiento melancólico de “esos cuerpos androides de risa acrílica y peluca sintética”. (71). En el oficio doméstico de los matrimonios obreros, en los sueños de los chicos *pobla* que quieren ser estrellas del balón “con el bolsillo lleno y el corazón contento”, en su ternura *kitsch* que contrasta con la frialdad del lujo arribista, se traza la única posibilidad de un Chile que verdaderamente pueda reconciliarse con su pasado.

Y es desde esta convicción que creo que una de las partes más interesantes del libro es la que lleva por subtítulo “Quiltra lunera”, y que se abre con un epígrafe de una crónica de José Joaquín Blanco que aplaude gozosa la existencia de “esas locas preciosísimas”. Como apunta Mateo del Pino, Lemebel se distancia aquí de los afanes de clase media del cronista mexicano y no tiene pudor en registrar el submundo de las locas pobres, que incluye también a los homosexuales de barrio, jodidos por el desempleo, el subsalario y la desnutrición. Todo un mundo marginal que hermana a los “quiltros” (esa deliciosa voz mapuche que nombra a los perros de la calle), con los *rotos* y los habitantes de las *poblas* suburbanas. Bailar la triste cueca de Chile, parece decir Lemebel, sólo es posible desde una mirada *travesti*, que incorpore melancólicamente no sólo a los desaparecidos de la dictadura sino también a todos los excluidos por la lógica neoliberal.

Bibliografía

Butler, Judith (1997). *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press.

Donoso, Jaime (2005). “Comunidad y homoerotismo: la transgresión y la política en la crónica de Lemebel”. *Revista Taller de Letras*, 36, Universidad Católica de Chile.

Franco, Jean (2004). “Estudio preliminar. Encajes de acero: la libertad bajo vigilancia”. Fernando Blanco (ed), *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*, Santiago de Chile, LOM, 11-23.

Freud, Sigmund (1995). “Duelo y melancolía”. *Obras completas*. Edición electrónica. Rosario, Ediciones Nueva Hélaide. Sin n/p.

Guerra Cunningham, Lucía (2000). “Ciudad neoliberal y los devenires de la homosexualidad en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel”. *Signos literarios y lingüísticos* II, 1 (junio del 2000): 99-119.

Kulawik, Krzysztof (2008). “Travestir para reclamar espacios: la simulación sex/textual de Pedro Lemebel y Francisco Casas en la urbe chilena”. *ALPHA*, 26: 101-117

Mateo del Pino, Ángeles (2004). "Descorriéndole un telón al corazón. Pedro Lemebel: De perlas y cicatrices". *Revista Chilena de Literatura*, 64: 131-143

Pastén B., J. Agustín (2007). "Paseo crítico por una crónica testimonial. De *La esquina es mi corazón* a *Adiós, mariquita linda*, de Pedro Lemebel". *A Contra Corriente*, 4/ 2: 103-142.

Pobrete, Juan (2003). "La crónica, el espacio urbano y la representación de la violencia en Pedro Lemebel". Pastén, Boris y Sylvia Spitta (eds.). *Más allá de la ciudad letrada. Crónicas y espacios urbanos*, Pittsburgh, ILLI, 117-37.